

***El último negro,* de Ramón Buenaventura**

Revista *Lateral*, verano de 2005.

La novela redonda

La narrativa de Ramón Buenaventura había parecido regirse hasta ahora (al menos en su obra maestra anterior, *El año que viene en Tánger*, 1998) por el famoso lema de Rimbaud, a quien tradujo: «Yo es otro». Con esta novela inclasificable, Buenaventura redondea su trayectoria ejemplar y no sólo consigue otra obra maestra sino que suma a esa expresión de desdoblamiento mental otro verso ilustrativo del renovado programa novelesco: «Soy un negro». La mala leche literaria de este falso *negro* es antológica, también lo es su desparpajo narrativo y la jocosa jactancia que conduce a los extravíos de esta novela falsamente mala y malévol o maliciosa de solemnidad, esto es, buenísima, imprescindible para cualquier lector abierto a la acerba crítica de sus cargas de profundidad, la incorrecta desfachatez de sus opiniones y el trazo certero de sus arteros retratos. Como prueba mínima de su ironía irredenta ofrezco este comentario corrosivo, prototípico del autor, sobre la ambigua posición institucional o cultural de tantos poetas de la inexperiencia y la indiferencia: «Es poeta, el hombre, y no hay nada más fácil en este mundo que asustar a un poeta mientras se gana la vida corrompiéndose, fingiendo que le importa lo que no puede importarle» (p.14).

Entre las agudas dosis de inventiva verbal de la novela se cuenta un ingenioso cambio semántico: el verbo *re-*

dondear pasa a conjugarse con jugoso sentido sexual, con lo que el audaz cunnilingüismo de Buenaventura y su narrador bocazas logra fundir en instintivo abrazo las dos instancias básicas de la ficción y también, por qué no decirlo, de la sociedad contemporánea. Dinero y sexo, las perversas mutaciones de la codicia y el deseo que lubrican negocios, fortunas o famas, y han conseguido *despresurizar* con su deliciosa fricción la literatura española actual y su submundo editorial.

El último negro es una novela redonda en muchos sentidos, pero especialmente en el sentido en que se habla de *cama redonda*, esa utopía libidinal de la clase media. Una novela redonda, pues, donde todo redondea descaradamente con todo, a placer: el lector redondea con la novela del mismo modo que los distintos personajes redondean con el narrador o el protagonista redondea con sus negras, que también las hay, auténticas y falsas. Una novela, en suma, tramada a partir de la promiscuidad *constante* y sonante con el dinero en un mundo servil donde no es que todo tenga precio, que lo tiene bien marcado, y esté en venta, sino que se pone a tal, como debe ser, sin ningún pudor.

La historia fluye así, libremente, de un redondeo a otro, como en una danza bursátil de valores en alza o a la baja, siguiendo las andanzas, acciones y transacciones del empresario Rodrigo Díaz del Canchal, irónico nombre para este campeador de los negocios y superdotado genital («siendo tan largo, tan bien trazado y tan grueso, resulta muy placentero verlo salir y entrar, en esa posición, desde arriba. Es una magnífica sensación e poder la que se disfruta») que se empeña en *escribir* la novela de su vida de triunfador comprando los servicios de otros escritores. Este Rodrigo Díaz es un vividor redomado y un donjuán peculiar: prendado de su primer amor (Laurence), muerto en accidente, y desde entonces perseguidor del placer del redon-

deo en cuerpos mayormente venales y disponibles. En este sentido, es de una comicidad extrema que la escritora más apetecida y deseable del lote (de sobrenombre tan sugestivo y curvilíneo: Ihintza von Leuven) difiera la entrega tantas páginas que cuando finalmente cede al deseo del financiero se transforma en su «convidado de piedra»: al seductor se le petrifica el corazón, con la tizona ya desenvainada, echándose un redondeo de campeonato con su «negra» más negra, esta diosa venal de sus fantasías omnímodas.

Esta novela desvergonzada acabará siendo, en un bucle vicioso que acopla los dos niveles de la narración, una novela paradójica sobre cómo se escribe una novela cuando se cuenta con todo el dinero del mundo y la colaboración inexcusable de diversos «negros» literarios. Sin embargo, el último *negro* en aparecer en escena, el autor mismo, se venga de este burlador plutócrata mostrándole, en plena bancarrota intelectual, quién ostenta todavía el poder simbólico y, como el Humpty Dumpty de Lewis Carroll, es el verdadero amo lingüístico de la novela. El *negro* dichoso hace las veces de Leporello o Sganarelle de este *Don Giovanni* de las finanzas y las finanzas extramatrimoniales para recordarle al final la deuda impagable que tiene contraída con él y no le resarcirá nunca. De este modo, la moraleja de esta novela amoral se transmuta, mediante una inversión de categorías digna de una comedia grecolatina, en la paradoja del potentado con ínfulas culturales o creativas: el millonario plenipotenciario lo puede comprar absolutamente todo, o eso pretende hacer creer a sus lectores, excepto al amanuense que redacta para él, siguiendo su autoritario dictado, la mala novela de sus amores donde va a desnudar finalmente el infundio de esa impostura prepotente. El plagio está servido, pues la propia trama lo reclama como estrategia literaria. O el travestismo narrativo, si se prefiere, o la parodia retórica, nada ajena a un proyecto que bebe de las

fuentes principales de la tradición más heterodoxa e irreverente, con Lawrence Sterne y su *Tristram Shandy* como paradigma insuperable de una ficción errática y digresiva.

Para redondear la sutil faena, Ramón Buenaventura ha hecho lo más coherente con sus provocativos planteamientos: agenciarse un premio redondo, dotado con treinta mil euros. Si no, a ver quién se traga que su satírica invectiva contra la corrupción del sistema no nace del resentimiento más negro y bilioso, como el del romano Juvenal.

© JUAN FRANCISCO FERRÉ